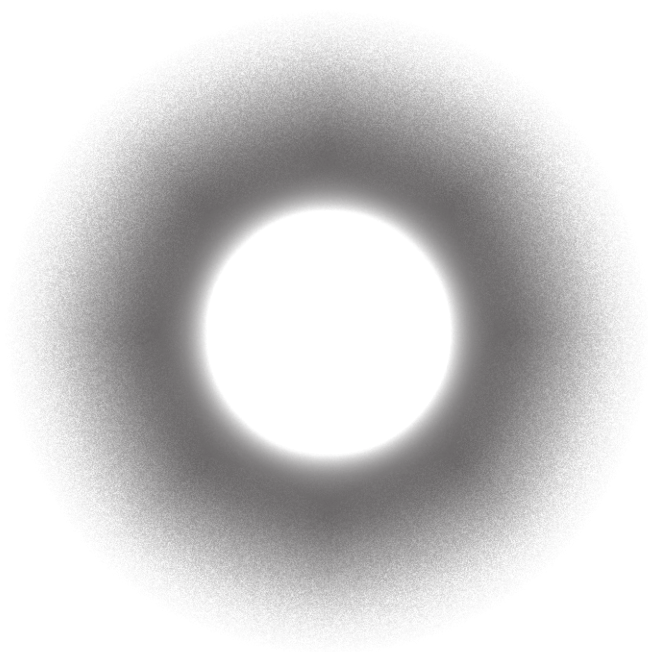


PUNTO DE PARTIDA

“... el Consolador, el Espíritu Santo...”



MARÍA MONTÁS GARCÍA

Santo Domingo

2025

© 2025, *Punto de partida*, primera edición.

© María Montás García.

ISBN: 978-9945-9511-6-5

Cuidado de edición

María Carla Picón

Diagramación

Hermis Rodríguez Botier

Impresión

Editora Búho, S.R.L.

DiEditores

Todas las citas bíblicas de la Escritura han sido tomadas de la Santa Biblia Reina-Valera 1960. Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del © *Copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.
Porque todo aquel que pide, recibe y el que busca, halla;
y al que llama, se le abrirá.*

Lucas 11:9-10

Dedicatoria

Al **Padre, al Hijo** y al **Espíritu Santo**, que me han guiado en cada paso de este viaje denominado vida.

A ti, sí, a ti:

Que, aunque estés rodeado de muchas personas, la soledad te consume.

Que te encuentras lleno de contradicciones, queriendo hacer todo a tu modo y en tu tiempo.

Que, a pesar de tenerlo todo, sientes un vacío existencial que nada ni nadie puede llenar.

Que buscas desesperadamente entender cómo se supera el dolor.

Este libro es para todos aquellos que necesitan un ***Punto de Partida***. Encontrarás el verdadero comienzo cuando entiendas que, para llegar a tu destino, lo primero que necesitas es la dependencia absoluta del Espíritu Santo. Te invito a que le abras tu corazón, que dependas de Él y permitas que sea Él quien lleve tu embarcación al puerto de la salvación.

Dios te bendiga más.

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo	3
Introducción	5
I. Por fe	9
II. Revelación, unidad y amor	21
III. Pacto, vida y libertad.....	35
IV. Por gracia	45
V. Reconciliación, unidad y revelación	51
VI. Gozo, gratitud y esperanza	59
VII. Enseñanza y suficiencia	65
VIII. Poder y avivamiento	71
IX. Escogidos para salvación.....	77
X. Misterio de la piedad.....	81
XI. El buen depósito.....	87
XII. Renovados	89
XIII. Nos fue dado el Espíritu Santo	93
Epílogo	99

PRÓLOGO

Después de aquel ejercicio de escribir, recitar y estudiar las promesas de la manifestación del Espíritu Santo, fue cuando tuve la revelación de que tenía que escribir un libro. Mi primera reacción fue de incredulidad: «Padre, ¿quién soy yo para escribir un libro que hable de ti? Soy una pecadora, bautizada, que se descarrió y regresó al redil. No tengo méritos ni una trayectoria destacada en el liderazgo de la iglesia». Fue cuando vino a mi memoria el recuerdo de la prédica de una pastora que dijo: “eres autoridad de lo que vences”.

Desde esa afirmación puedo decir que existen dos cualidades que validan este escrito: he reconocido a Dios como mi Señor y suficiente Salvador, y tengo las cicatrices de la batalla. Las heridas propinadas no se infectaron; en lugar de ello, busqué y encontré al Sanador. Dejé que su amor se glorificara en mi vida, y ahora soy un testimonio vivo. Por ello, hoy comparto lo que hizo Dios en mí.

He podido entender que no son mis méritos ni mis logros los que me llaman a escribir. Es *su* gracia, *su* poder restaurador que ha

transformado mi dolor en un testimonio para edificar a otros. Las cicatrices que llevo no son señales de derrota, sino marcas de una sanidad profunda. Dios no busca perfectos, sino dispuestos. Y en esa disposición, Él se glorifica. Es por eso que, con cada palabra que escribo, comparto no solo mi historia, sino *su* obra en mí.

INTRODUCCIÓN

Punto de Partida más que un título es una expresión de mi búsqueda incesante por encontrar el consuelo y la guía del Espíritu Santo en medio de las pruebas más profundas de la vida. Este libro nace del anhelo de reclamar una promesa divina, la promesa de un consuelo genuino frente a la pérdida, el dolor y la desorientación que muchas veces surgen cuando los planes personales se ven desafiados por la agenda del cielo.

En estas páginas, comparto mi travesía espiritual a través de un escenario lleno de contradicciones: mi propio deseo de control y éxito se enfrenta al llamado de un propósito mayor, uno que no siempre coincidió con mis expectativas ni con el camino que me había trazado. Aquí se presenta la lucha entre el ego humano y el plan divino, en un contexto de vulnerabilidad y apertura total al control del Espíritu Santo.

El lector encontrará en *Punto de Partida* un relato íntimo y honesto sobre lo que significa enfrentarse a las incertidumbres de la

vida con la fe como único recurso. Este libro ofrece mi testimonio personal de cómo, en medio de las tormentas internas y externas, el consuelo del Espíritu Santo se manifiesta como una fuerza restauradora que guía, sana y redime nuestro ser.

A medida que avances en la lectura, te invito a reflexionar sobre tu propio punto de partida, sobre aquellos momentos en los que tus deseos y expectativas chocan o han chocado con una realidad que, aunque dolorosa, está impregnada de un propósito más elevado.

Así como yo me vi obligada a rendirme a los designios del cielo, quizá tú también descubras en estas páginas la invitación de entrega absoluta a Dios y el inicio de un nuevo camino.

... la soledad que todos transitamos

Jesús, durante su recorrido por esta tierra, estuvo rodeado de diversos grupos de personas, cada uno reflejando una dimensión del corazón humano y de nuestras propias vivencias. Las multitudes lo seguían por lo que podían obtener: enseñanzas que sanaban el alma, milagros que rompían cadenas, pan y peces que saciaban el cuerpo, y una esperanza de salvación. Más comprometidos estaban los setenta, enviados de dos en dos, comisionados a proclamar el Reino con autoridad; luego, los doce escogidos para caminar a su lado, aprender de su compasión y ser testigos vivientes de su ministerio redentor para perpetuarlo. Pero más allá de ellos, existía un círculo aún más íntimo: Pedro, Jacobo y Juan, los tres que vieron su gloria resplandecer en el monte de la transfiguración... Y también su dolor desbordarse en el Getsemaní. Aun esos tres —los más cercanos— se durimieron cuando Él más los necesitaba. No fue falta de amor, sino la limitación humana frente a dolores que solo el cielo comprende.

Hay momentos en los que, incluso rodeados por personas que nos aman, la soledad nos envuelve, porque ciertas batallas fueron diseñadas para ser peleadas en el secreto del alma, donde solo Dios entra. Es allí donde el Padre revela a aquel que no duerme, no se ausenta, y no se rinde: el Espíritu Santo. Consolador fiel, compañero de valle y dador de vida. Él se adentra hasta lo más profundo, sana lo irreparable, sostiene lo que se tambalea y resucita lo que creíamos muerto.

Nuestra vida no es tan distinta. Caminamos junto a multitudes que nos rodean por interés, admiración o necesidad. Contamos con compañeros de misión que comparten caminos por una temporada y luego siguen su rumbo. También tenemos amigos fieles, que nos acompañan en el día a día, pilares en nuestras luchas. Y en ocasiones, contamos con aquellos pocos que llegan cuando la vida pesa, el alma

se desangra y las fuerzas flaquean. Sin embargo, aun los más valientes y leales tienen un límite. No porque nos abandonen, sino porque hay territorios del alma donde solo Dios puede habitar.

Es en ese punto —cuando el alma calla, cuando las voces no alcanzan y la soledad nos visita— donde comienza la verdadera transformación. Porque tú estás diseñado para ser templo. Y en ese templo, cuando todo lo humano ha fallado, aparece el Dueño del lugar. El Espíritu Santo entra no solo a consolar, sino a restaurar con amor, poder y propósito.

*“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador,
para que esté con vosotros para siempre”.*

Juan, 14:16

I

POR FE

Solía hacer planes, fue por lo que quise ser maestra. Sin embargo, inicié por tecnología con el afán de buscar mejores oportunidades laborales. Pero cuando se emite un edicto en los cielos en la tierra se cumple, y mi primer trabajo fue en una escuela como secretaria y luego maestra. Me enamoré de la enseñanza desde el primer momento. Por tanto, me resultó amigable estar motivada y buscar oportunidades para formarme. Me preparé y tomé varias decisiones sobre los andamios de mi propia prudencia: concluir un doctorado, retirarme joven y empezar a trabajar en mis propios términos de manera independiente sin que nadie controlara mi agenda para dedicarme a mis hijos y a vivir. En efecto, todo estaba ocurriendo de acuerdo con lo planificado.

Pero el de repente de Dios me alcanzó, fue entonces cuando, de manera inesperada, mi hija recibió una llamada y exclamó: «mami, me dicen del negocio que papi no aparece y que no responde

llamadas. Le llamamos, pero no respondió». Ante aquello, nos comunicamos con vecinos y allegados para que irrumpieran en su casa hasta encontrarlo. Cuando volvimos a llamar, una amiga me dijo de manera literal: «arranca para acá, no hay nada que hacer, me llamaste tarde, él está muerto».

Nunca había experimentado una pérdida tan fuerte que me llevara a punto de quiebre, sentí que me atravesaban un sinnúmero de agujas por el corazón, el dolor me sensibilizó de manera desproporcionada, tanto, que en vez de sentir mi corazón latir, sentía los impulsos de electricidad; temblaba sin parar, no pude manejar, no sabía qué decirle a mis hijos y el llanto tomó el control. Fue en ese preciso instante que comprendí cómo un ser humano puede perderse en sí mismo cuando el dolor le supera.

En ese instante no le dije nada a mi hijo menor, que apenas tenía 12 años. Era muy pequeño para cargar con una verdad tan pesada. A mi hija, en cambio, sí se lo conté. Ya era mayor de edad, siempre ha sido fuerte y ha sabido manejar las cosas con madurez. Sin embargo, ella colapsó y solo recuerdo haberle dicho: «nos toca ser fuerte, solo somos nosotras». Cuando llegamos a la casa del padre de mis hijos, la vi llena de dolientes, curiosos y demás. Pensé que podía ser una pesadilla, una visión, pero no. Era la triste realidad que sacudía mi familia, y yo, que siempre quise ser la estructura de mis hijos, solo era ruinas. Simplemente no pude atravesar la puerta.

Me faltaron fuerzas...

Me faltó vigor...

Me faltó entereza...

Y me envolvió la culpa, al darme cuenta de que nuestra separación me había alejado justo cuando más necesitaba mi presencia. Que falleció solo. Asumí que mis oraciones nunca fueron contestadas y que la esperanza de un matrimonio restaurado había partido con él.

Oscuridad de una noche

Frente a mi computadora, sumergida en un silencio abrumador, mi hija lloraba al otro lado de la pared, desgarrada por la pérdida de su padre. Mi hijo, con fiebre y el rostro entristecido, me miraba con ojos que buscaban respuestas y me preguntaba: «¿Entonces ahora soy un niño huérfano?», solo lo miraba y le decía: «no, no, tú tienes un Padre celestial que tiene cuidado de ti».

Mientras tanto, la culpa laceraba mi alma, y mi ser se hundía bajo el peso de las responsabilidades que asumí para evitar que mis hijos colapsaran sumergidos en el dolor. En ese momento, me faltaba el aire; la vida dolía, y en mi desesperación le preguntaba al Padre: «¿Por qué me has dejado sola? ¿Por qué me has desamparado? ¿Por qué me siento acorralada por preguntas sin respuestas? ¿Por qué me hiciste vivir el divorcio y ahora me encuentro bajo el estigma de hijos, huérfanos? Padre, ven a mi auxilio. Dijiste que nos dejarías un Consolador, ¿envíalo! ¿Dónde está? ¿Por qué no me responde?».

Me llamé al orden: «Dios mío, solo me quedas tú».

Mi hogar, mis hijos y yo estábamos bajo ataque, tenía que pararme, estar en la brecha porque no podía dejar que el devorador se llevara lo que me quedaba. Y allí, en medio de mi duelo, no ocurrió absolutamente nada... Porque la respuesta de Dios ya estaba depositada en mí y no me había dado cuenta. Fue entonces cuando tomé la Biblia que estaba al lado de mi computadora y comencé a buscar todos los versículos del Nuevo Testamento que hacían referencia al Espíritu Santo. Cuando empecé a indagar, a leer el libro de los Hechos, descubrí que se destaca el derramamiento del Espíritu en el día del Pentecostés: “Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados” (Hechos, 2:2). Entendí que la palabra de Dios no

tiene fecha de vencimiento y sin importar donde nos encontremos Él puede llenar nuestras casas, pero tenemos que buscarlo, esperar su llegada y luego permitirle obrar.

Al detenerme a autoevaluar mi propio escenario de vida, reconozco que es posible caminar acompañado y, aun así, sentirse profundamente solo; estar rodeado de gente, pero sumergido en una tristeza silenciosa. Es posible sonreír con el corazón hecho pedazos y proyectar bienestar cuando en realidad se está quebrado por dentro. Esta es una de las contradicciones más frecuentes que vivimos en esta generación marcada por la llamada “sociedad del cansancio”: aparentamos plenitud, mientras el alma clama por descanso y restauración¹.

En medio de mi viacrucis, continué con el estudio bíblico. Fue en la Epístola a los Romanos donde descubrí algo que transformó mi vida; al leer esta carta hallé un mensaje que trajo consuelo a mi alma: la justificación por la fe.

Aunque la había escuchado antes, el velo fue movido y fue revelado su verdadero sentido, pues la Epístola a los Romanos es mucho más que un conjunto de enseñanzas, es un manifiesto del amor de Dios, una invitación a descansar en Él. Cada versículo hacía eco en mí y me recordaba que, aunque estamos impactados por la realidad del pecado y las leyes establecidas por Dios, no somos condenados. Jesús, el Hijo amado del cielo, llevó nuestras cargas, nos libró de la culpa y derramó *su* amor infinito sobre nosotros y nos dejó al Espíritu Santo.

En consecuencia, la justificación por la fe es una promesa viviente de que, a pesar de nuestras fallas y debilidades, somos aceptados y amados en Cristo. Este es el misterio de la gracia: que, siendo imperfectos, somos vistos a través de los ojos de un Dios perfecto, que

¹ Han, B. (2022). *La sociedad del cansancio*. Herder.